

Título: “Recuerdos de la Guerra de los Diez Años: visión de José María Izaguirre”.

Autoras: M. Sc. Liliana Alarcón Vázquez.

M. Sc. Sonia Tornés Mendoza.

La obra *Recuerdos de la guerra de los Diez Años*, contiene en sus páginas imágenes de los primeros seis años de la gesta independentista iniciada el 10 de octubre de 1868 en la región oriental de Cuba. Su autor, José María Izaguirre, nació en Bayamo el 25 de abril de 1828. Desde muy joven se dedicó a la enseñanza, tiempo después, extendió su labor pedagógica a varios países latinoamericanos. Participó activamente en la conspiración que dio al traste con el levantamiento armado protagonizado por Carlos Manuel de Céspedes en su ingenio Demajagua razón por la cual sufrió prisión. Se incorporó inmediatamente al alzamiento del 10 de octubre junto al Padre de la Patria y a Francisco Vicente Aguilera. Fue delegado a la Asamblea de Guáimaro y uno de los firmantes de la Constitución del 10 de abril de 1869. En 1874 partió para los Estados Unidos obedeciendo órdenes de Máximo Gómez, quien lo designó secretario de la Agencia Central Revolucionaria en ese país.

José María Izaguirre, se estableció posteriormente en Guatemala donde fundó la Escuela Normal. En 1877 conoce a José Martí y a partir de este momento se forja entre ellos una profunda amistad que dará sus frutos más sublimes en momentos de definición ideológica y política como la preparación de la “guerra necesaria”.

Desde el inicio de la contienda hasta el momento en que es designado por Máximo Gómez Secretario de la Agencia Central Revolucionaria de la República en Armas en Estados Unidos, Izaguirre, como partícipe de la gesta, se movió dentro del territorio bayamés, en Holguín y Camagüey, recogiendo imágenes de la guerra, labor que realizó de manera consciente, a veces de forma inmediata, otras a partir de recuerdos y otras, quizás, las escribió sobre la marcha de los acontecimientos. Por tanto, existe la posibilidad de que en sus artículos puedan aparecer errores desde el punto de vista cronológico, pero en su contenido queda plasmada la esencia de los hechos históricos que aborda, en tanto sabía a conciencia la magnitud de la epopeya libertaria.

Es así que Izaguirre deja escrito para la historia su libro *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años*, en el cual se destacan hechos históricos de trascendencia durante esta primera contienda, utilizando para ello artículos o poesías patrióticas que a su vez reflejan su talento y cultura.

A juzgar por la fecha de la Advertencia, que, a modo de prólogo, encabeza *Recuerdos...*, —Managua, Nicaragua, abril de 1896—, apenas un año después del inicio de la guerra necesaria y de la muerte de su principal artífice, la compilación obedece a la necesidad de divulgar las experiencias de la guerra de 1868 y de la recién iniciada campaña 1895. Sumar simpatizantes a la causa revolucionaria, tanto en Cuba como en el extranjero, fue parte de la labor patriótica del bayamés, a través de esta publicación.

En la advertencia José María Izaguirre expresa su apego incondicional al Artículo 250 de la Constitución de Guáimaro: “Los ciudadanos de la República, sin distinción alguna, están dispuestos á prestarle toda clase de servicio conforme a sus actitudes”.¹

Y añade:

Observador fervoroso de esa disposición, cumplí con ella durante la magna guerra de los diez años, sirviendo a Cuba en cuanto me fue posible en el territorio ocupado por la revolución. Cuando salí de la Isla en cumplimiento de un deber, continué prestándole mis servicios en el extranjero, y he procurado honrarla siempre con mi conducta y laboriosidad, sembrando en todas partes la semilla del bien, e ilustrándome en cuanto he podido para mejor servirle en el presente y en el porvenir, pues yo, como todo buen cubano, he estado, según dice Milanés, apoyado al timón esperando el día.²

El libro está compuesto por treinta y ocho trabajos que van desde artículos, relatos, poesías y reproducción de documentos originales, hasta fragmentos de *El Cubano Libre* y otros periódicos latinoamericanos. Todos correspondientes al período que media entre 1870 y 1895, de manera que su contenido rebasa el período declarado por el autor en el título.

José María Izaguirre y la guerra de los Diez Años

Los artículos y poesías escritos desde los campos de la Revolución en los primeros años de la Guerra Grande, constituyen una importante fuente documental que refleja la historia en sus diversos matices, ocultos muchas veces detrás del “hecho en sí”, desconociendo el nexos con el real proceso sociocultural cubano. Problemática que ha afectado profundamente la historiografía insular acerca del *siglo XIX*, donde pensamiento y cultura han sido relegados a un segundo plano, se ha subestimado el valor del texto literario, de la poesía como reflejo de una realidad histórica.

¹ José María Izaguirre: *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años*, p.7.

² Ídem.

En *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años* aparecen doce trabajos de José María Izaguirre que incluyen prosa y poesía, y muestran la total ruptura ideológica de la vanguardia revolucionaria bayamesa del 68 con la estructura colonial, dejando atrás familia, hogar, riqueza, vida holgada, todo. La campaña independentista genera en los patriotas un nuevo sentido de la vida que se reafirma en Izaguirre a través de su decisión de servir a la Patria bajo cualquier circunstancia, lo cual cumplirá hasta su muerte.

Preguntas como: ¿Cuál es mi verdad?, ¿qué quiero?, ¿qué creo?, son problemáticas a las cuales encontramos respuesta en esta obra. Ellas adquieren autenticidad por las circunstancias en que fueron escritas y, desde luego, por la supeditación de los intereses personales a los intereses patrios, en la búsqueda de una sociedad éticamente superior.

Décimas, de la autoría de Izaguirre, dedicadas a su gran amigo José Joaquín Palma y concebidas en los campos de la Revolución el 2 de abril de 1870, ilustra con sencillez y dulce melancolía el recuerdo de la despedida de su madre y esposa (símbolo de familia, hogar, comodidad). La imagen que nos hace llegar de ese momento debió ser similar en muchos hogares cubanos.

Quando con rápido vuelo
Sobre los campos de Yara
La insurrección estallara,
En nuestro querido suelo
Lleno el corazón de duelo
Dije adiós al hogar mío,
Y a ese adiós triste y sombrío
Que dos ángeles oyeron,
Adiós, adiós respondieron
Con labio trémulo y frío

Eran mi madre y mi esposa
Que como por mí temían,
Gemir el alma sentían
Bajo el peso de una losa.
En su faz mustia y llorosa
El dolor contemplé fijo...
Y cuando al fin me dirijo
A abandonar su regazo,

Mi esposa me dio un abrazo
Y mi madre me bendijo.³

La nostalgia familiar, la preocupación, las dudas ante la suerte individual, ante la muerte que los acechaba perennemente, aparecen permeados de un profundo sentimiento patrio, común a muchos de sus compatriotas.

Desde aquel luctuoso día,
angustiada el alma amante
no ha gozado un solo instante
de placer ni de alegría.
De la hermosa patria mía
Por vencer lucho el quebranto,
Y aunque lleno de amor santo
Le he consagrado mi vida
mi pecho jamás olvida
Aquel adiós y aquel llanto.

De mi suerte borrascosa
¿Cuál el término será?
¿La muerte me aguardará?
¡Pobre madre! ¡pobre esposa!
Mas si en lucha gloriosa
Sucumbo débil campeón,
Llevaré en el corazón
Hasta mi último regazo
Aquel dulcísimo abrazo
Y aquella fiel bendición.⁴

.....

³ Ibíd. p.104.

⁴ Ibíd. p. 104-105.

En *Décimas*, además de reflejar el mundo espiritual de los revolucionarios, hay una reafirmación de lo cubano. Este tipo de composición devino en componente identitario de la cultura popular cubana.

Varios trabajos contenidos en *Recuerdos...*, especialmente los concebidos en plena campaña, ilustran el modo de vida de las huestes mambisas, el cambio radical en las costumbres de los hacendados criollos y de la clase media en Bayamo. Los que hacía poco tiempo frecuentaban La Filarmónica, las tertulias, los bailes, las retretas, y entonaban bellas serenatas en las calles bayamesas; ahora en los escasos momentos de ocio, descargaban sus sentimientos, su vida espiritual y emocional, en la poesía, en las cartas a sus familiares o en los diarios.

Este cambio radical abarca los hábitos alimentarios y es recreado con la gracia propia del cubano en *El Boniato*, composición dedicada a esta vianda distintiva dentro de la comida criolla. En la región, según explica el propio Izaguirre, en la mesa del rico se servía untado de mantequilla, y en la dieta de los más pobres era común encontrarlo asado. En plena guerra, cuando el hambre agujoneaba el estómago de las tropas insurrectas que se movían de un lugar a otro por razones estratégicas o en busca de alimentos, su fácil cultivo y el clima de nuestros campos, favorecían su desarrollo. Ello le permitió adquirir primacía sobre otros alimentos habituales en la mesa regional como la yuca, el plátano y la propia caña de azúcar.

El color y las características de este bejuco rastrero, hacían posible su confusión entre el espeso follaje; encontrarlo era una fiesta para los revolucionarios y un exquisito manjar para sus estómagos hambrientos, haciéndolo merecedor de este canto:

Oh tú ¡fecunda planta
Que en nuestras tierras criollas
Tu fruto desarrollas
con sin igual vigor ¡

En la mesa del pobre
Suculento y asado,
Eres, como miel mezclado,
La gloria del hogar

Y en la opulenta mesa,
servido en gran vajilla,

con rica mantequilla
solaz del paladar

Mientras la dulce caña
La yuca feculante
Y el plátano sonante
de producción sin par,
Negaban al patriota
En alimento sin tacha,
Tronchados por el hacha
Del rudo militar

Tu solo generoso
Que hambriento le veías,
Ufano le ofrecías el fruto
De tu amor

A veces por el hambre
Vagando atormentado
Tu hallazgo afortunado
Mi situación salvó

Y entonces el tormento
La pena inconcebible
Que causa el hambre horrible
Con rapidez pasó ⁵

.....

En *La muerte de Antonio Lorda*, también de la autoría de Izaguirre, estamos en presencia de una imagen fresca y sensible de las circunstancias en que vivían y morían los hombres que antaño, habían gozado de cierto status social.

⁵ Ibíd. p. 145-146.

Lorda desempeñaba el cargo de secretario de la guerra y era diputado por Las Villas. Encontrándose en el ingenio El divorcio administrado por José Antonio Cosío en Camagüey, enfermó del síndrome de crup o de croup (enfermedad respiratoria, los cuales son causados por inflamación de la laringe). Ante la cercanía de las tropas españolas, decidieron su traslado a la finca Babujales, situada a dos leguas. Salieron a las cinco de la tarde bajo un aguacero torrencial en un carretón cubierto con el enfermo, los demás a caballo, rodeados de una completa oscuridad. A media noche llegaron a su destino, acomodaron al convaleciente en “el lugar más conveniente del rancho”, le dieron una tacita de agua caliente sin azúcar. Aunque con algo de dinero, no tenían donde conseguir alimentos por lo que acudieron a un pobre negro que solo pudo darles “un delgado tasajo y unos plátanos sin sazón”.⁶

Pese a los desvelos de José Ramón Rozas, José María Izaguirre y el resto de los acompañantes, la falta de medicamentos con que contrarrestar el mal, precipitó el fallecimiento de Antonio Lorda. En un lugar cercano a la casa cavaron la sepultura con sus machetes, envolvieron el cuerpo en una sábana y lo cubrieron de tierra con sus propias manos. Izaguirre, como albacea testamentario, distribuyó entre la pequeña comitiva los escasos intereses que dejara Lorda: un vestido completo, un par de zapatos, una capa, todo nuevo. Unos pocos pesos que conservaba los dio a sus sirvientes. Por su parte, recogió recuerdos de familia que luego entregaría a su hermana en Nueva York. Carlos Manuel de Céspedes, enterado del suceso, dispuso que el Ejército le guardase luto durante quince días. Escenas similares debieron ocurrir en múltiples ocasiones en el escenario de la guerra.

Las características de las tropas insurrectas: mal vestidas, peor armadas; son descritas por Izaguirre en el artículo dedicado a Pepe Vázquez, joven bayamés alzado junto a Máximo Gómez, cuyos méritos le valieron los grados de teniente coronel del Ejército Libertador. El autor relata como la pequeña y maltrecha tropa comandada por Pepe fue amenazada por una escuadra española bien armada, cuando solo contaban con un cañón sin cureña, sin municiones. Tal situación los obligó a recurrir a la perspicacia que desde entonces distingue al cubano, decidieron atar el cañón fuertemente a un árbol y lo llenaron de pólvora y balas de fusil. Los insurrectos se ocultaron en un montecito cercano, los españoles creyendo que estos habían huido, celebraban reunidos en medio de un claro. Pepe Vázquez dio la señal de fuego:

⁶ Ibíd. p. 54-56.

La carnicería que hizo fue terrible, un gran número de soldados quedaron despedazados, otros heridos y el resto lleno de espanto: cabezas, por un lado, miembros por otro, y el suelo enrojecido por la sangre de las víctimas. Y completó el pánico la fusilería que, desde sus escondites y con acertada puntería, lanzaba tiros de muerte a los supervivientes de aquella hecatombe.⁷

El tratamiento de las enfermedades y la actitud ante la muerte también están presentes en este artículo, donde el autor narra cómo Pepe Vázquez, a pesar de ser joven y fuerte, cayó enfermo. Entonces contaba con un pomo de quinina como medicamento, siendo para alimentarlo con “calabaza sin sazón”. Izaguirre, quien estuvo presente en el momento en que se le informó al Generalísimo el fallecimiento del joven patriota, el 23 de septiembre de 1870, describe así su actitud:

Lo que pasó por el general Gómez, yo no lo sé; lo que sí sé es que volvió la cabeza hacia el otro lado para ocultar una lágrima que asomó a sus ojos, porque ese temido general a pesar de su fiereza en los combates y de la entereza de su carácter, tiene, para las afecciones tiernas, el corazón de un niño.⁸

En los relatos testimoniales de Izaguirre no podían faltar los acontecimientos en torno al “10 de octubre de 1868”, hecho que da nombre a uno de sus artículos. Escrito en el año 1871, describe los antecedentes que dieron lugar a su desarrollo, así como los detalles e incluso el impacto que le provocó a la jefatura española de Manzanillo el conocimiento del hecho, planteando que a partir de ese momento quedó abierto el abismo de odio y venganza del gobierno español hacia los patriotas cubanos. De esta forma, el primero trataba de humillar y someter aún más a los cubanos; los segundos trataban de defender a toda costa su dignidad con las armas.

El contenido de este escrito demuestra que Izaguirre vivió admirado y orgulloso del que, al decir de él, fue el primer día de nuestra gloriosa Revolución. Así queda reflejado en uno de los fragmentos del mencionado artículo, dando fe de su posición ante la guerra y los objetivos trazados:

El guante está arrojado: ¿habrá cubano tan infame que se baje a recogerlo? No. Ese guante sólo puede recogerse con la punta de la espada: ese guante sólo puede ser recogido el día en que termine nuestra lucha.⁹

⁷ Ibíd. p. 45-47.

⁸ Ibíd. p. 47.

⁹ Ibíd. p. 12.

En la concepción de Izaguirre sobre la guerra contra España no tenía cabida la cobardía, la decepción, la traición o cualquier otra actitud que empañara el arrojo de aquellos que, inspirados en el ejemplo de Céspedes, habían hecho suyas sus ideas. Por otro lado, transmite aliento a los cubanos de luchar hasta lograr el fin anhelado, lo que se resume con las palabras finales: Luchemos- Confiemos- Esperemos.

Otro hecho al que se refiere Izaguirre es a la acción de Saladillo, donde narra de manera detallada lo ocurrido entre las tropas de Donato Mármol y Valmaseda. Emite criterios propios que permiten entender las distintas posiciones de un lado y de otro. También deja claro las ventajas que, sobre las tropas españolas, tenía Mármol y cómo se desencadenaron dichos acontecimientos hasta tornarse en una innecesaria derrota para las tropas mambisas.

Uno de los aspectos interesantes del artículo lo constituyen los criterios del autor acerca de la actitud asumida por Mármol. Critica su desobediencia en relación con la orden emitida por Céspedes de no cruzar el río y cuidar su posición, alegando que los móviles de su nefasta decisión fueron, sin dudas, su carácter indómito, la ambición de gloria y el celo de que otro jefe mambí le arrebatara el mérito de ser el vencedor. Sin embargo, no utiliza Izaguirre tono acusador alguno al referirse a Mármol, sencillamente pone en su justo lugar las consecuencias que de esta equivocada decisión se derivaron, y en especial el trágico incendio de la ciudad de Bayamo para que ésta no cayera en manos españolas nuevamente. Al respecto señala:

Los habitantes del Cauto y los de Bayamo, sabedores del fracaso, abandonaron sus hogares precipitadamente y salieron huyendo hacia los campos, donde familias enteras, acostumbradas a la comodidad se vieron de pronto sumergidas en la más espantosa miseria, sin pan, sin abrigo, sin vestidos y sujetas como consecuencia ineludible a las enfermedades y a la muerte... Pero los bayameses, no queriendo que el odioso enemigo encontrara albergue en sus habitaciones antes de abandonar la ciudad le prendieron fuego y pronto quedó convertida en ruinas lo que poco antes había sido centro de riqueza y cuna de la libertad cubana.¹⁰

En otra de las valoraciones y criterios expuestos por Izaguirre, salta a la vista su conocimiento de cuestiones militares, referidas a la estrategia a utilizar en momentos

¹⁰ Ibíd. p. 31.

determinados, al plantear que en la guerra no se debía confiar en el número de soldados ni en el valor que éstos tuvieran, sino que existían cosas que podían definir un triunfo como por ejemplo la disciplina. Lo demuestra también al expresar que la falta cometida por Mármol le hubiera hecho merecedor de un Consejo de Guerra si las circunstancias hubieran sido otras.

Es de destacar que no por la severidad de sus planteamientos dejó de reconocer las victorias que este jefe mambí había aportado a la Patria, y culmina el artículo colocándolo en su lugar, expresando que poco tiempo faltó para que recuperara su puesto en la escala militar, en la estimación pública y en el afecto de sus amigos.

Por tanto, no consideramos casual que Izaguirre tratara de demostrar con ese escrito cómo las actitudes de los hombres en gran medida dieron al traste con la guerra de 1868, sino que constituye una advertencia para que hechos como estos no se repitieran en la nueva contienda. Recordemos que esta fue una obra escrita en el año 1896; año en el que ha muerto Martí, el organizador y a la vez el alma de la guerra de 1895 y al que, en el plano personal, lo unía una estrecha amistad con Izaguirre.

Es oportuno señalar que Izaguirre no se limitó a escribir artículos históricos, sino que, como hombre culto al fin, conocedor de las letras, también escribió poesías alegóricas a sucesos de la guerra dentro de las que se destacan “La acción de Río Abajo” y “La acción del Horno”.

La primera fue escrita en marzo de 1870 en los campos de la Revolución; constituye una muestra de los sangrientos enfrentamientos entre cubanos y españoles.

Según el Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba, esta acción se desarrolló en Victoria de Las Tunas, hoy Las Tunas, entonces antigua provincia de Oriente. Allí los cubanos, al mando del coronel Francisco Vega, combatieron contra una columna española que conducía un convoy. Al término de ocho días concluyó el enfrentamiento en el que perdió la vida Luis Bello, coronel de las fuerzas libertadoras. Así lo expresa Izaguirre en sus versos:

Luis Bello, noble arrogante,
Decía a los suyos con bríos:
¡Adelante hermanos míos!
Viva Cuba y adelante ¡

En aquel supremo instante
Como un dios apareció
Una bala que lo hirió

Mas esa bala homicida
Pudo quitarle la vida,
Pero los laureles, no.¹¹

.....

Más adelante reconoce la valentía de hombres como Pedro Gómez, don Modesto y el general Aguilera, quienes, con machete en mano, contribuyeron al triunfo de las fuerzas cubanas en esta batalla fiera.

La segunda, también escrita en los campos de la revolución en mayo de 1870, se refiere a otro de los combates entre ambos bandos, resaltando siempre las virtudes de las fuerzas cubanas y en especial a jefes mambises de la talla de Modesto Díaz, Pedro Gómez, Esponcea, Esteban Espinosa, Titá Calvar, Hall, Marcano, Guerra, entre otros.

En sus estrofas deja implícita el ansia de libertad, el patriotismo y la admiración, no sólo de las grandes figuras de la guerra, sino también por los hombres como eran los rifleros y macheteros que la mantenían en pie. En fin, al escribir expresa el más puro sentimiento de sentirse cubano:

Salud a nuestra bandera,
Salud a tanto cubano
Que es con el rifle en la mano,
En el fragor de la guerra,
El orgullo de esta tierra
Y el espanto del tirano.¹²

A pesar de que en este acercamiento solo se analizan los trabajos escritos por José María Izaguirre, la riqueza de *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años* radica en la variedad de información y de géneros que la conforman, así como la diversidad de autores que agrupa. Todo esto, permite conocer la espiritualidad de los hombres

¹¹ Ibíd. p. 63-64.

¹² Ibíd. p. 111.

protagonistas de esta gesta con un delicado estilo narrativo que hace su lectura más amena. El contenido de *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años*, como expresión de hábitos, costumbres, sentimientos y emociones, lo convierten en una importante fuente historiográfica de obligada referencia para historiadores, profesores y otros estudiosos de este período de la Historia de Cuba.

Bibliografía

1. Izaguirre, José María: *Recuerdos de la Guerra de los Diez Años*. [s. l. e], [s. c. e], [s.a].
2. Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba, t. II, Ed. Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2003, pp. 448.